

PANTALLA EN BLANCO

Carlos Guillermo Navarro

Corrían tiempos difíciles después de la desolación de una guerra.

Mateito Manzano ajustaba los domingos sus pantalones cortos antes de salir de casa por la mañana para ver los afiches que colgaban en la cartelera que estaba colocada en la calle Mayor y que era la más transitada del pueblo. Se convertía en un ritual cargado de emoción cuando divisaba lo que se proyectaría en la pantalla y que alteraba su estado anímico si aparecían escenas con sus actrices y actores preferidos.

Sentía pasión por las películas del oeste, las de aventura, las de pirata, las de policía, las de romano, las de susto y las de amor. Estaba encantado con las figuras que se veían en la pantalla de cine y que le incitaban a imaginar cómo se formaban aquellas personas. Para sus amigos de diez años, Mateito tenía distorsión de aquella fábrica cinematográfica de ensueños porque le daba dimensión real.

Era obligado que le acompañara su hermana por orden materna porque estaba malucho y nunca le querían dejar solo. Además, cuando había una escena que le sofocaba y tosía de manera prolongada, la hermana procuraba taponarle la boca para que no molestase.

Como cualquier domingo, después de levantarse y desayunar, se dirigió con paso lento, pues se cansaba con el simple trote, a examinar la cartelera y comprobar el programa doble, sin detenerse en el título de la película, sino en algunos fotogramas ampliados en la base de cartón.

Era día para comer rápido y hacerse con un asiento preferente en las butacas de las primeras filas. Mientras más cerca de las escenas se sentaba más engrandecidas se colaban en su cabeza las imágenes.

La sesión doble empezaba con los anuncios fijos, entre otros, los de la tableta Okal, los de la aspirina Bayer y los de alguna publicidad de las tiendas del pueblo. Los espectadores atendían poco las recomendaciones, y charlaban y gritaban comiendo pipas. Cuando empezaba la película se escuchaba a medias, sólo los chicheos para que se callasen de los interesados en los títulos de crédito intentaban imponerse sobre el jolgorio. A Mateito no había quien le distrajera desde el primer fotograma, aislándose del exterior en su mundo irreal, constantemente observado por su hermana para que el acceso de tos no le afectase de forma profunda.

A veces, Mateito miraba fijamente la cubierta de polvo que envolvía el haz de luz en la oscuridad de la sala, y se preguntaba, “¿cómo de ese foco salen personas de carne y hueso?”. El misterio estaba en el cuadrado que se abría en la pared trasera de la sala y que enfocaba la pantalla. Pensaba, por su incapacidad para desenvolverse como los demás chicos, que las personas que surgían en ella, eran consecuencia de historias elaboradas en el interior de las cuatro paredes, donde no entraba nadie por imperativo del hombre que manejaba las llaves, los hilos y los escalones de ascenso a la cabina. Allí se fraguaban secretos que él desconocía.

Las explicaciones de los amigos sobre los mecanismos que rodaban en su interior para la proyección, no los entendía Mateito, porque para él constituía magia pura. Los amigos sabían que no podían convencer a un chaval de escasa experiencia, como tampoco lo hubieran hecho con un niño de pecho.

Criado entre algodones, necesitaba esmerados cuidados, y la falta de experiencia vivida le metía en un ideario de fantasía que sobrepasaba la visión plana de la pantalla, creyendo que los personajes se salían de la tela descolgada del techo, y le hablaban.

Aquel domingo hizo como los anteriores, volvió sus ojos hacia la cabina prohibida donde sólo subía el propietario del cine y el hombre de la

llave, al que en contadas ocasiones se localizaba fuera de su habitáculo, y en cuyo reducido santuario Mateito nunca vio a otra persona poner los pies.

Absorto siempre por las dos películas del programa antes de la sesión de los mayores, le subía por su cuerpo un cosquilleo, cualesquiera que fuese lo que se proyectase, pues su enorme flaqueza con el cine era lo que para él significaba, malabarismos en una habitación, escapatoria de luz por un agujero y una historia con personajes reales de carne y hueso. Y en especial, todo se sublimaba cuando surcaban la pantalla sus protagonistas porque alentaban con más fuerza lo fantástico, quedando después en unos hermosos recuerdos.

Meses después Mateito se encaminó cansado a visionar una de sus películas preferidas por ser la reposición de una realizada años atrás. Agotado por el trayecto de ida, se envolvió ensimismado en las imágenes que se reproducían y el agarre de pulmón se le fue de golpe. Sólo al final cuando se paró la filmación y permaneció la pantalla en blanco, se sobresaltó al trasladarse de la ficción a la butaca en la que la hermana le socorría por un fuerte dolor de pecho.

Los espectadores se marcharon, pero Mateito y la hermana permanecieron en sus asientos para que el pequeño se recobrará.

Varios empleados se acercaron para comprobar el alcance de la dolencia y para hacerles hincapié en que en breve habría otra sesión para el público de noche. El hombre de la cabina les observaba por el boquete desde donde salía el haz de luz. Mateito abrió los ojos, y fijos como estaban en aquel lugar, vio su cara.

“Lo has visto”, dijo el chico cuando salieron a la calle. “No, a quién”, respondió la hermana. “A quién hace magia”. La hermana lo miró con preocupación y le tocó la frente para comprobar si tenía fiebre. Tardaron más de lo habitual en retornar a su casa. Cuando llegaron, la hermana le contó a la madre lo ocurrido, y ésta tomó la determinación de

que se acostara, y a la mañana siguiente a temprana hora llamaría al médico.

Don Vitorino, médico de cabecera de la familia y que vivía varias casas a la izquierda, se personó a mediodía después de realizar algunas visitas urgentes. La madre estaba nerviosa porque la calentura había ascendido hasta los cuarenta grados, y su hijo se agitaba y sudaba como no aguantaba su cuerpo.

El médico recomendó cama, vitaminas, antibióticos, y que comiera lo suficiente, tenía los pulmones agarrados.

Su debilidad era congénita, había nacido enclenque, debilucho, y carecía de la malicia de otros niños. Vivía más de la imaginación que de la realidad. Su dedicación al colegio era mínima, y amaba con locura las hermosas escenas cinematográficas, que a veces le enardecían por causa de la defensa de la mujer amada, y otras le causaban reposo por tratarse de alguna película que le daba estabilidad al contemplar planos llenos de encanto. Le gustaban todas las películas porque más que una sucesión de imágenes elaboradas por una máquina en funcionamiento, era, según él, ilusionismo que nunca sabría explicar. Por ello, un día le auguró a la hermana, “sabes una cosa, tengo que entrar donde ese hombre fabrica los sueños”.

A partir de aquel día, se puso muy enfermo, hasta el punto de que el médico le recomendó un período largo de cama, poniendo en aviso a la madre de la situación límite en la que se hallaba. Ésta lloraba a escondidas y sonreía delante del pequeño apagando la tristeza de su alma para que su hijo no se alarmase.

Don Vitorino le visitaba a diario y hacía un examen exhaustivo de su evolución, recomendando los fármacos curativos y los cuidados indispensables, que más que provocar un plazo amplio de tiempo para levantarse, la enfermedad iba acortando el recorrido de su vida.

El uno de setiembre se inclinó hacia la hermana y, susurrándole al oído, le hizo saber el gran deseo que tenía en su vida, que por ser su petición de escaso peso no implicaba ningún trabajo. “Quiero que venga a verme el hombre que me hace soñar”. Y refirió a la hermana la de veces que había sometido su mente a las reproducciones de los hechos representados en la pantalla de cine y el gusanillo que tenía de que le explicara aquel alijo de juegos malabares con el que hacía salir las historias.

Cuando días después apareció el proyectista que hacía milagros, Mateito comprendió de pronto que cuanto había observado en la pantalla tendría otra explicación, porque aquel tipo era como tantos otros, corriente, y hablaba de manera que no se dotaba de conocimientos superiores a los de cualquier mortal y, por tanto, sin grandes luces para inventarse nada. Pero nadie le privaría de creer que aquel hombre había sido el que había engendrado sus fantasías.

Un diez de diciembre Mateito cerró los ojos quedándose dormido, y en su sueño revolotearon imágenes retenidas en su cabeza, donde se daban cita los tres mosqueteros, las máquinas que lanzaban destellos como fuego y hacían a los personajes desaparecer, la gran araña que intentaba comerse al protagonista, el insignificante hombrecillo que lentamente iba menguando, el séptimo de caballería que siempre llegaba a tiempo, aquel beso robado en la pantalla y silbado en la sala por los espectadores entre gestos insinuantes, y el embrujo de un sinfín de escenas que le inundaban en el recuerdo.

Al final de la tarde Mateito Manzano seguía dormido y su madre con un llanto suelto por tantos días de aguante almacenado, intentó despertarlo, mientras su hijo volaba en el avión que entre neblinas se perdía en las alturas de Casablanca.

Al instante, rodó la cinta fílmica sin control y quedó la pantalla sumida en blanco.

30 de febrero de 2014